

SOBRE LOS PREMIOS LOPE DE VEGA

Por José MARTÍN RECUERDA

Informaciones = 22 - Agosto - 1978.

LA historia del premio Lope de Vega es fiel reflejo de la historia del teatro español en los últimos treinta años. Si hacemos un somero análisis de la política oficial y comercial de nuestro teatro encontramos en el premio Lope de Vega la suma y resumen de toda una política cultural trágica y cruel que culmina en el grotesco actual. Es evidente que durante los últimos treinta años todos los premios Lope de Vega han sido un fracaso, excepto «Historia de una escalera», de Antonio Buero Vallejo. La ecuación que nos lleva a este resultado es perfecta. Veamos: la única posibilidad que tenía —y tiene— el autor español de estrenar un texto que no perteneciera al llamado teatro comercial al uso, era la de presentarse al premio Lope de Vega. El circuito comercial estaba protegido por sus propias estructuras empresariales contra este teatro supuestamente subversivo, según era considerado por los estamentos oficiales. Los teatros nacionales eran la válvula correctora del sistema censoral oficial. Una vez que, después de reincidir, el autor era premiado, su texto, desflorado en censura y entregado a unos profesionales —que en la mayoría de los casos no tenían nada de profesional— acababan de asesinar el posible nacimiento de dicho autor. Pero todo no acaba aquí, sino que se utilizaba un dinero del erario público que cumplía, a mi juicio, los siguientes cometidos: a) Eliminación del posible autor conflictivo. b) Proporcionar trabajo a directores y actores adictos a la política imperante. c) Hundir a aquellos profesionales que se sintieran identificados con el texto y tuvieran la veleidad de hacer un trabajo coherente, hundimiento que se verificaba a base de escatimar presupuesto y relegando el espectáculo a un «tiempo muerto», en la programación de la temporada teatral. Y si todo ello no fuera suficiente, acudía la crítica oficial, consignada, comprometida y vendida, para que enterrara al «cadáver», en algunos casos, con verdadera saña.

Pero he aquí que a estas alturas y en los tiempos «pre» hay cuatro obras premio Lope de Vega sin estrenar y, como las condiciones objetivas hacen innecesarias las operaciones antes relatadas, nos encontramos con dos instituciones como son el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento de Madrid que no saben o no quieren saber nada de un premio con unas bases libremente instituidas por ellos. Es amargo ver que cuando por primera vez tenemos razones positivas, realmente culturales, para llevar a los escenarios estas obras, la desidia que se observa en el asunto nos haga pensar que eran solamente las razones negativas las que mantenían al premio Lope de Vega. No hay razones económicas, y menos culturales, que puedan colaborar a esta desidia. Si el Estado ayuda a una sola empresa u obra teatral, no debe hacerlo sin antes atender al compromiso que tiene con estas obras y, con ellas, para la política cultural del país. Compromiso establecido en unas bases. Bases que consisten en el deber de dar a conocer al pueblo español a unos autores que están esperando el contacto con su pueblo a través de un escenario.

Cuando se alude a los problemas económicos como motivo para la demora de la puesta en escena de los premios Lope de Vega, no queda sino sonreír. Todos sabemos que, a pesar de las deficiencias presupuestarias, los teatros nacionales se

distinguen por su capricho y rumbo, despilfarro e incultura, a espaldas de las necesidades culturales del país, asumiendo todas las desventajas del teatro empresarial sin ninguna recompensa comercial ni artística, ya que los resultados son tan híbridos que no son aceptados ni gratis. Para hacer teatro pagado con el erario público se necesitan equipos de personas que tengan conciencia de que este teatro está pagado por gente a la cual hay que servir el teatro como un producto cultural de primera necesidad y no como un aburrimiento para echarla del teatro, cosa que ha ocurrido y está ocurriendo en nuestra época de transición. Al Estado ni le preocupa ahora ni le ha preocupado nunca el dolor y el sentir de nuestro pueblo, el abrirle horizontes más amplios al pensamiento del mismo, enriquecerlo, en suma, orientándolo hacia metas de libertad y cultura para defensa propia. Y lo que es más grave: ni le ha preocupado ni le preocupa al Estado ni a los partidos políticos que ocupan un escaño en las Cortes españolas. Nadie quiere comprender ni le interesa saber que la palabra «teatro» tiene un sentido tan amplio como es el de abarcar todos los saberes del hombre haciéndolos trascendentes para su propia defensa.

En lo que a mí atañe, como ganador por segunda vez del premio Lope de Vega y como luchador durante muchos años en todas las facetas teatrales, no permitiré que se estrene mi obra, una vez más, como asunto de trámite. Pongo la vida en lo que escribo, como sé que hacen tantos. Y escribo para España, para mi pueblo. Veo, con dolor, que no existe un proyecto de política teatral total. Todo vuelve a quedar reducido, de una manera dictatorial al centralismo de Madrid. No hay un profundo estudio de independencia teatral que abarque el sentido del teatro que nuestro pueblo, en el año 1978, necesita. Se vuelve a huir del pueblo. Se vuelve a castigar al mismo. No hay conexión investigadora con las Universidades españolas, verdaderas raíces de promociones de hombres de teatro para un futuro. Y si todo esto fuera poco se siguen nombrando a dedo a directores generales de Teatro para mantener la continuidad de los últimos cuarenta años.

No existirá tampoco proyecto de política teatral total si éste no es confeccionado con la colaboración de esos actores que hicieron el llamado teatro independiente y que en lucha contra unas circunstancias políticas y por obtener por sí solos su propia formación, llevaron por los pueblos y ciudades españolas el teatro como signo de libertad y cultura. Estos actores se encuentran hoy marginados y, en gran parte, al borde del hambre. Claro está que tenía que haber empezado por decir la gravedad que implica en España —tanto para el Poder como para la oposición— evidenciar la fuerza de la cultura como liberación, con lo que ello significa de destrucción de aparentes poderes y maniqueísmos.

Así es que estoy a disposición del Ministerio de Cultura para exponerle detalladamente lo que creo que es un camino positivo —si es que se ignora el camino y se tiene la voluntad de recorrerlo— para que los premios Lope de Vega no sean sinónimo de garrote vil teatral. Creo que nos conocemos todos muy bien. Sobran todas las impresiones solapadamente negativas que se intenten dar. Debemos comenzar por recuperar para el teatro a ese pueblo al que tantas veces se le ha atacado en su sensibilidad y en su bolsillo. Para esta recuperación hace falta trabajar a fondo y no mentir. Que al menos, a los no iniciados, les podamos brindar la verdadera fiesta teatral para que en un futuro sepan defender su libertad por medio de la cultura.